

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Sánchez Vázquez: del pulso ardiendo a la razón apasionada

Agradezco el honor de que me hayan pedido estas palabras con motivo del merecidísimo otorgamiento por mi Alma Máter, la Universidad de La Habana, del título de Doctor *Honoris Causa* al profesor Adolfo Sánchez Vázquez. Sin embargo, de inmediato debo añadir que he aceptado la tarea tomando en consideración los muchos años de amistad fraternal que nos unen y, sobre todo, cuanto a lo largo de esos años he aprendido de él, pero consciente de que, dado que la filosofía está lejos de ser mi fuerte y, en cambio, Adolfo Sánchez Vázquez es uno de los más altos representantes actuales de la disciplina en nuestra lengua, tendrán que perdonarme un acercamiento que no podrá encontrarse al nivel de su notable tarea.

Dicha tarea –lo que no siempre es suficientemente conocido– no comenzó por la filosofía, y ello me anima a detenerme, con razones para hacerlo, en ese comienzo. Aunque nacido en Algeciras, en 1915, la formación inicial de Sánchez Vázquez ocurrió en Málaga (llamada entonces «Málaga la roja», según ha contado él mismo) y estuvo encaminada por dos vías: la política y la poesía, a las que se entregó con ardor. Aún era un adolescente cuando abrazó la causa comunista y escribió sus primeros poemas, uno de los cuales fue publicado en la revista *Octubre*, que animaban Rafael Alberti y María Teresa León. Comunista seguiría siendo toda la vida, y en su país

* Como anunciamos en la edición anterior, publicamos en esta entrega un homenaje a Adolfo Sánchez Vázquez, fallecido en julio último, sección que incluye el elogio realizado por R. F. R. a propósito del título de Doctor *Honoris Causa* que le otorgara la Universidad de La Habana al filósofo, y las palabras que pronunció Sánchez Vázquez en esa ocasión, en septiembre de 2004.

natal, que habría de llevar siempre en lo más hondo de su corazón, dirigió revistas antes de estallar el 18 de julio de 1936 la Guerra Civil, y durante ella combatió, por ejemplo, en las batallas de Teruel y del Ebro. Tras esta última, en el ocaso de la guerra, logró pasar a Francia. Atrás dejaba sus raíces, su familia, su novia, muchos de los primeros, inolvidables amigos. Y dejaba también un libro de poemas inédito, *El pulso ardiendo*, que había escrito entre Málaga y Madrid (adonde se había trasladado para estudiar en la Facultad de Filosofía y Letras de su Universidad) en vísperas de iniciarse la tragedia, y cuyos originales, que se disponía a publicar Manuel Altolaguirre, no pudo llevar consigo y dio por perdidos. Muchas veces ha sido contado que gracias al general Lázaro Cárdenas, a la sazón presidente de México, cuyo gobierno auxilió cuanto pudo a la agredida República Española, Sánchez Vázquez pudo trasladarse a aquel país en el primer barco, el *Sinaia*, que llevaba allá desterrados españoles. Entre sus más cercanos compañeros de viaje se encontraban dos poetas: Pedro Garfias, surgido con el ultraísmo, por lo que fue amigo del joven Borges, e inconsolable siempre por no haber aparecido, injustamente, en la famosa antología de Gerardo Diego; y Juan Rejano, coetáneo y compañero entrañable de Adolfo, por quien siento particular gratitud, pues en el suplemento cultural, que dirigía, del periódico mexicano *El Nacional*, publicó los primeros poemas míos que verían la luz fuera de mi país, hará pronto cincuenta y dos años. Ambos, Sánchez Vázquez y Rejano, fueron los primeros oyentes del poema de Garfias «Entre España y México», que compuso en el barco y de donde son estos versos:

*Qué hilo tan fino, qué delgado junco
—de acero fiel— nos une y nos separa*

*con España presente en el recuerdo,
con México presente en la esperanza. [...]*

*España que perdimos, no nos pierdas;
guárdanos en tu frente derrumbada,
conserva a tu costado el hueco vivo
de nuestra ausencia amarga
que un día volveremos, más veloces,
sobre la densa y poderosa espalda
de este mar, con los brazos ondeantes
y el latido del mar en la garganta.*

*Y tú, México libre, pueblo abierto
al ágil viento y a la luz del alba,
indios de clara estirpe, campesinos
con tierra, con simientes y con máquinas;
proletarios gigantes de anchas manos
que forjan el destino de la Patria;
pueblo libre de México:
como otro tiempo por la mar salada
te va un río español de sangre roja,
de generosa sangre desbordada.
Pero eres tú esta vez quien nos conquistas,
y para siempre, ¡oh vieja y nueva España!*

El poema manifiesta con intensidad dos creencias de los viajeros. Por una parte, la certidumbre de un regreso rápido a España; por otra, la idealización de un México admirable por muchas razones, pero que no correspondía al diseño del poeta. La llegada del barco a Veracruz, el 13 de junio de 1939, fue descrita así por Sánchez Vázquez:

En el puerto nos esperaba la acogida entusiasta de veinte mil jarocho (trabajadores en su mayoría), así como los cálidos saludos del licenciado García Téllez, secretario de Gobernación y representante personal del general Cárdenas

y del licenciado Vicente Lombardo Toledano, secretario general de la poderosa CTM (Confederación de Trabajadores de México). Desembarcamos entre aplausos y vítores.

Pero añade: «Al hacerlo, estrenábamos una nueva e incierta vida: la del exilio».

La primera de las creencias expresadas en el poema de Garfias («un día volveremos, más veloces») iba a revelarse tristemente falsa. Sobre ello escribiría Sánchez Vázquez muchas páginas dolorosas. En cuanto a la segunda creencia, sin ser México el país soñado en aquel poema, lo mejor de su pueblo ofreció a los recién llegados, que venían de perder una contienda épica de resonancias mundiales, ocasiones de trabajar con decoro y de paso enriquecer considerablemente la vida cultural del país. Aquellos que ya tenían una obra realizada fueron acogidos por instituciones como la Casa de España en México, que se volvería El Colegio de México. Otros, como Sánchez Vázquez, por su extrema juventud, apenas habían iniciado su faena, que habrían de desarrollar de este lado del Atlántico, no siempre con facilidad. Pronto, sin embargo, él se vinculó a notables publicaciones del exilio, como *Romance y España Peregrina*, y Octavio Paz le publicó unos sonetos en su revista *Taller*. Una felicidad particular le deparó el saber que Altolaguirre, al llegar a México, había traído consigo los originales de *El pulso ardiendo*, que Adolfo creía perdidos. El libro se publicó en 1942 en Morelia, gracias a la generosidad de amigos de esa ciudad. Es obra de verdadera y rigurosa poesía, propia de un integrante de la generación de Miguel Hernández, con algún eco suyo y de poetas de más edad como Emilio Prados y Pablo Neruda, pero sin perder la voz auténtica. No es extraño que Adolfo evoque con cariño a Morelia. Allí se casó con Aurora Rebolledo,

el amor de toda su vida, a quien había conocido en España. Allí les nació su primer hijo, nombrado como él. Allí comenzó a estudiar en serio, por su cuenta, filosofía, a fin de enseñarla. Trasladado más tarde a la Ciudad de México (donde nacerían sus otros hijos, Juan Enrique y María Aurora), además de acometer labores esforzadas, como traducir incansablemente de varias lenguas, logró realizar en la Universidad Nacional Autónoma de México, a la que se vincularía el resto de su vida, estudios de letras españolas y luego de filosofía. A los primeros lo llevó su condición de poeta, que no iba a abandonarlo (en una entrevista llamó a la poesía su amante secreta); a los segundos, su voluntad de dar una base teórica seria a su posición política. Pero en lo que toca al marxismo, estuvo obligado a ser autodidacta. Un papel determinante tuvo en su existencia el haber sido nombrado en enero de 1959 profesor de tiempo completo en la UNAM, lo que le permitió disponer de cierto tiempo libre para la investigación y ofrecer sin cortapisas cursos y seminarios de los que irían naciendo sus primeros textos filosóficos. Así que si como poeta había sido precoz, no lo fue como filósofo. Lo que no lamenta, pues piensa que de haber publicado textos filosóficos en años anteriores, ellos hubieran sido ejemplos del marxismo esclerosado que a partir del estalinismo se había convertido en hegemónico. Y ya para 1959 Sánchez Vázquez había iniciado su distanciamiento de esa versión deformada del marxismo. En su ensayo de 1985 «Vida y filosofía», Adolfo se refirió a las líneas esenciales de su evolución:

La experiencia personal acumulada en mi práctica política junto con la que pude conocer, hacía ya largos años, desde fuera pero cerca del Partido Comunista Mexicano, me predisponían a

adoptar una nueva actitud teórica y práctica. Toda una serie de acontecimientos me llevaron a adoptarla efectivamente: las revelaciones del XX Congreso del PCUS, en un primer momento; el impacto de la Revolución Cubana, que rompía con esquemas y moldes tradicionales, después, y, por último, la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia. En un proceso gradual, que arrancaba de finales de la década de los cincuenta, me vi conducido no ya a buscar cauces más amplios en el marco del marxismo dominante, sino a romper con ese marco que no era otro que el de la visión estaliniana del marxismo, codificada como «marxismo-leninismo». Desde entonces me esforcé por abandonar la metafísica materialista del *Diamat*, volver al Marx originario y tomar el pulso a la realidad para acceder así a un marxismo concebido ante todo como filosofía de la praxis.

Numerosa y sumamente rica ha sido la obra filosófica de Sánchez Vázquez. Ramón Xirau (quien prologaría el año pasado la más extensa y actualizada antología de ensayos de Adolfo: *A tiempo y destiempo*) llamó al autor, en 1980, «el más original de los pensadores marxistas en México», y afirmó de su obra:

Presenta tres facetas: 1) su intento por encontrar una estética marxista fundándose en los textos de Marx y presentando la mejor antología de estética marxista que existe en cualquier lengua; 2) convertir en categoría filosófica la «praxis» en el libro acaso más original de Sánchez Vázquez (*Filosofía de la praxis*), y 3) análisis «abierto» de la obra de Marx y de Lenin, señalando en ellas elementos de lo que el marxismo ha llamado frecuentemente «utopía».

Mucho se enriqueció la producción de Sánchez Vázquez, lo que hace imposible mencionar en estas páginas sus cuantiosos títulos. Pero querría llamar la atención sobre dos puntos. Uno es que la mencionada antología *A tiempo y destiempo* (que esperamos que sea republicada en Cuba) abarca en sus más de seiscientas páginas siete partes: «Vida y obra», «Literatura», «Cuestiones artísticas», «Filosofía», «Marxismo y socialismo», «Ideología y utopía», «Exilio». Es evidente el amplio radio de temas por los que Sánchez Vázquez se ha interesado, y el hecho de que entre ellos se encuentran la literatura y las cuestiones artísticas. El segundo punto se relaciona con lo anterior. Pues no pocos de sus primeros textos filosóficos tienen que ver con aspectos estéticos, y soy de los que atribuyen el hecho, al menos en gran parte, a que su condición de poeta siguió viva en él y es una de las raíces fundamentales de cuanto ha hecho. Como dijera Aurora de Albornoz, «no está de más reparar en [...] que, quien con tanta lucidez enfoca los problemas estéticos, quizá es porque antes de objetivarlos los ha vivido». María Dolores Gutiérrez Navas ha ido más lejos, al escribir: «*El pulso ardiendo* es, a pesar de su brevedad, una temprana expresión de la tesis que muchos años más tarde su autor formalizaría en sus estudios de estética, la del arte como actividad creadora del hombre».

Me limitaré a mencionar varias obras vinculadas a Cuba que revelan la originalidad de su pensamiento estético, basado en los propios textos de Marx y no en la versión teratológica que engendró al llamado realismo socialista: su ensayo «Ideas estéticas en los *Manuscritos económico-filosóficos* de Marx», que en 1963 fue republicado en la revista *Casa de las Américas*, a cuyo frente no me encontraba todavía; la conferencia «Estética y marxismo», que en 1964 le solicité para ser impartida en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba y apareció en la

revista *Unión*; el ciclo de conferencias que ofreció ese mismo año en esta Universidad de La Habana, en el cual abordó entre otros temas los «conceptos fundamentales de la estética marxista»; la más resonante, la publicación en 1965 de su libro *Las ideas estéticas de Marx*, pronto reeditado en Cuba; la serie de conferencias sobre «Problemas fundamentales de una estética marxista» ofrecida en la Universidad de Oriente en 1968; su ponencia «Vanguardia artística y vanguardia política», presentada ese año en el Congreso Cultural de La Habana y publicada en la revista *Casa de las Américas*. Todas esas obras tuvieron importante repercusión en nuestro país, y sin duda incidieron en su política cultural. De modo que si Sánchez Vázquez ha podido decir que la Revolución Cubana influyó en su pensamiento, también es verdad que ese pensamiento prestó servicios que recordamos muy bien en defensa de una línea estética que manteníamos en momentos de intensa lucha ideológica.

Aunque por razones personales que creo comprensibles he insistido en la temprana vocación poética de Sánchez Vázquez, y en cómo ella alimentó sus preocupaciones estéticas, no es dable olvidar que la otra vocación temprana de Adolfo es la política, en su más amplio sentido. Y si en su combatiente juventud se entregó a ella con apasionamiento y valor, pero sin una base teórica suficiente, en su destierro mexicano, a medida que se adentraba en estudios filosóficos, fue dándole cada vez más esa base teórica que echaba de menos. Él considera que su aporte mayor en este orden, y en general la obra suya que estima fundamental, es *Filosofía de la praxis* (1967), sobre todo en su segunda edición, de 1980, profundamente revisada y ampliada.

Sin duda hay un hilo conductor entre sus estudios de estética marxista y sus otros estudios de naturaleza política. Y ese hilo remite a las *Tesis sobre Feuer-*

bach de Marx en que este subraya el valor activo de la subjetividad y señala como misión de la filosofía no solo interpretar el mundo, sino sobre todo transformarlo. Si en el arte ello supone un énfasis en su carácter creador, en la política implica poner en primer plano la praxis. Significativamente, en un libro que estoy leyendo mientras escribo estas líneas (*Ernesto Che Guevara. Otro mundo es posible*, que el año pasado publicó Néstor Kohan), donde Sánchez Vázquez es citado en varias ocasiones, se dedica un amplio capítulo a «El Che Guevara y la filosofía de la praxis». La alusión al Che no es azarosa, pues se sabe cuánto significa este hombre superior para Sánchez Vázquez, quien ha contado con entusiasmo cómo pudo conocerlo personalmente en su primer viaje a Cuba, en 1964. Tres años después, a pocas semanas de la muerte heroica del Che, Sánchez Vázquez me envió, para el número que dedicó a la criatura excepcional la revista *Casa de las Américas*, su trabajo «El socialismo y el Che», con el que en el año 2000 iniciaría su libro *El valor del socialismo*. Tanto para el Che como para Adolfo sus posiciones, de modo creciente, implicarían un rechazo de lo que iba a llamarse el «socialismo real». Es harto sabido que tempranamente, en 1965, el Che lo hizo en textos como su Discurso de Argel y «El socialismo y el hombre en Cuba», que sin duda encontraron una receptividad particular en Sánchez Vázquez. Ello supuso inevitablemente polemizar a favor de un marxismo que ha sido llamado abierto, y no es sino el verdadero; y, de modo consecuente, rechazar lo que se pretendía ofrecer como encarnación de aquel y era en verdad una deformada caricatura del mismo. No sería honrado que no reconociera que Sánchez Vázquez, quien con tanta constancia ha defendido la Revolución Cubana, no dejó de criticar momentos de ella. Y una prueba de su admirable lealtad es que el trabajo suyo en que lo

hiciera lo leyó aquí en Cuba, en el Taller Cultura y Revolución convocado por el Ministerio de Cultura y la Casa de las Américas en enero de 1999. Se trata de «La Revolución Cubana y el socialismo», publicado primero por la Casa de las Américas e incluido después en el mentado libro *El valor del socialismo*, donde, según sus propias palabras,

se sostiene la tesis de que el socialismo cubano, no obstante sus orígenes martianos y sus peculiaridades, había acabado por insertarse en el modelo del «socialismo real», inserción rectificadora después con cambios que deben conducir no al capitalismo sino al verdadero socialismo.

Más que discutir si la entrada de Cuba en el CAME y otros hechos infelices, que provocaron el enérgico y necesario proceso de rectificación, equivalían a la inserción de Cuba en el modelo de socialismo real, lo importante aquí es destacar la permanente adhesión de Sánchez Vázquez a la causa revolucionaria cubana, sean cuales fueren las reservas que pudo tener en alguna ocasión. Por otra parte, me es halagüeño citar estas líneas que nos hiciera llegar Adolfo cuando en 1995 la revista *Casa de las Américas* llegó a su número 200:

justo es reconocer que esta colaboración [mía en la revista] ha contado siempre con las condiciones de libertad y tolerancia que me permitían atenerme en mis escritos a una visión del socialismo y del marxismo que no podían identificarse, respectivamente, con el «socialismo real» y con el marxismo ideologizado que lo justificaba.

Por nuestra parte, al unirnos al homenaje que se le rindió en México al llegar a sus ochenta y cinco fértiles años, dijimos entre otras cosas:

En Adolfo hemos encontrado siempre un ejemplo de rigor, de probidad intelectual, de firmeza sin tozudez, de indagación perpetua; y un compañero y amigo de todas las horas. No en balde en 1989 se le confirió la Medalla Haydee Santamaría. Trajo a América el aliento de la España mejor, y aquí lo fundió con las mejores esencias americanas y universales. Su nombre evoca ya los de Gramsci o Mariátegui. Ha sido y es un orgullo tenerlo entre nosotros.

Constituye un acto de elemental justicia que nuestra Universidad de La Habana otorgue su Doctorado *Honoris Causa* a este auténtico maestro, que después de la trágica guerra española logró rehacer su vida y enriquecer su pensamiento en el México hermano; que reconoce con nobleza lo que debe a la Revolución Cubana, donde volvieron a oírse expresados en su idioma los ideales de su valiente mocedad; que rechazó al «socialismo real» impuesto en Europa, pero tras la escandalosa caída de aquel ratificó sus creencias de siempre, al punto de concluir su ilustrador ensayo «Vida y filosofía» con estas hermosas palabras con que voy a terminar:

Muchas verdades se han venido a tierra; ciertos objetivos no han resistido el contraste con la realidad y algunas esperanzas se han desvanecido. Y, sin embargo, hoy estoy más convencido que nunca de que el socialismo –vinculado con esas verdades y con esos objetivos y esperanzas– sigue siendo una alternativa necesaria, deseable y posible. Sigo convencido asimismo de que el marxismo –no obstante lo que en él haya de criticar o abandonar– sigue siendo la teoría más fecunda para quienes están convencidos de la necesidad de transformar el mundo en el que se genera hoy como ayer no solo la explotación y la

opresión de los hombres y los pueblos, sino también un riesgo mortal para la supervivencia de la humanidad. Y aunque en el camino para transformar ese mundo presente hay retrocesos, obs-

táculos y sufrimientos que, en nuestros años juveniles, no sospechábamos, nuestra meta sigue siendo ese otro mundo que, desde nuestra juventud, hemos anhelado. **C**

Fiesta, 2011. Tinta/papel, 80 x 60 cm



ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

¿Por qué ser marxista hoy?

Distinguidos miembros del Consejo Universitario de la Universidad de La Habana,
Doctor Juan Vela Valdés, Rector de esta Universidad,
Licenciado Abel Prieto, Ministro de Cultura,
Profesores y estudiantes,
Compañeros y amigos:

La decisión del Consejo Universitario de la Universidad de La Habana de otorgarme el grado de Doctor *Honoris Causa* me ha conmovido tan profundamente que la expresión de mi agradecimiento resultaría pobre e insuficiente. Pero no puedo dejar de decir que tan alta y honrosa distinción la aprecio, sobre todo, por provenir de una institución universitaria que, junto a sus elevadas contribuciones académicas, tanto ha dado al realce y a la realización de los valores que más podemos estimar: la verdad, la justicia, la dignidad humana, así como la soberanía nacional, la solidaridad, la convivencia pacífica y el respeto mutuo entre los pueblos.

Pero a este agradecimiento institucional quisiera agregar el personal por la fraternal, lúcida y bella *laudatio* de quien –Roberto Fernández Retamar– me siento, desde hace ya casi cuarenta años no solo compañero de ideas y esperanzas y admirado lector de su admirable obra poética, sino también persistente seguidor de su conducta intelectual y política al frente de una institución tan consecuente con la digna e inquebrantable política antimperialista de la

Revolución Cubana como la Casa de las Américas, a la que tanto debemos los intelectuales de este Continente y del Caribe por su defensa ejemplar y constante enriquecimiento de la cultura latinoamericana.

I

A continuación, voy a dedicar mi discurso de investidura a la obra que tan generosamente se reconoce con el grado de Doctor *Honoris Causa*. Y, por supuesto, no para juzgarla, pues yo sería el menos indicado para ello, sino para reivindicar el eje filosófico, político y moral en torno al cual ha girado toda ella: o sea, el marxismo. Pero, no solo el marxismo como conjunto de ideas, sino como parte de la vida misma, o más exactamente, de ideas y valores que han alentado la lucha de millones de hombres que han sacrificado en ella su tranquilidad y, en muchos casos, su libertad e incluso la vida.

Ahora bien, ¿por qué volver, en estos momentos, sobre este eje, fuente o manantial teórico y vital? Porque hoy, más que en otros tiempos, se pone en cuestión la vinculación entre sus ideas y la realidad, entre su pensamiento y la acción.

Cierto es que el marxismo siempre ha sido no solo cuestionado, sino negado por quienes, dados su interés de clase o su privilegiada posición social, no pueden soportar una teoría crítica y una práctica encaminadas a transformar radicalmente el sistema económico-social en el que ejercen su dominio y sus privilegios. Pero no es este el cuestionamiento que ahora tenemos en la mira, sino el que cala en individuos o grupos sociales, ciertamente perplejos o desorientados, aunque no están vinculados necesariamente con ese interés de clase o privilegiada posición social. Esta perplejidad y desorientación, que se intensifica y amplía bajo el martilleo ideoló-

gico de los medios masivos de comunicación, sobre todo desde el hundimiento del llamado «socialismo real», constituye el caldo de cultivo del cuestionamiento del marxismo, que puede condensarse en esta lacónica pregunta: ¿se puede ser marxista hoy? O con otras palabras: ¿tiene sentido en el alba del siglo XXI pensar y actuar remitiéndose a un pensamiento que surgió en la sociedad capitalista de mediados del siglo XIX?

Ahora bien, para responder a esta pregunta habría que tener una idea, por mínima que sea, de lo que entendemos por marxismo, dada la pluralidad de sus interpretaciones. Pues bien, teniendo esto presente, y sin pretender extender certificados de «pureza», se puede entender por él —con base en el propio Marx— un proyecto de transformación del mundo realmente existente, a partir de su crítica y de su interpretación o conocimiento. O sea: una teoría y una práctica en su unidad indisoluble. Por tanto, el cuestionamiento que se hace del marxismo y se cifra en la pregunta de si se puede ser marxista hoy, afecta tanto a su teoría como a su práctica, pero —como trataremos de ver— más a esta que a aquella.

II

En cuanto teoría de vocación científica, el marxismo pone al descubierto la estructura del capitalismo, así como las posibilidades de su transformación inscritas en ella, y, como tal, tiene que asumir el reto de toda teoría que aspire a la verdad: el de poner a prueba sus tesis fundamentales contrastándolas con la realidad y con la práctica. De este reto el marxismo tiene que salir manteniendo las tesis que resisten esa prueba, revisando las que han de ajustarse al movimiento de lo real o bien abandonando aquellas que han sido invalidadas por la realidad. Pues bien, veamos, aunque sea muy sucinta-

mente, la situación de algunas de sus tesis básicas con respecto a esa triple exigencia.

Por lo que toca a las primeras, encontramos tesis que no solo se mantienen, sino que hoy son más sólidas que nunca, ya que la realidad no ha hecho más que acentuar, ahondar o extender lo que en ellas se ponía al descubierto. Tales son, para dar solo unos cuantos ejemplos, las relativas a la naturaleza explotadora, depredadora, del capitalismo; a los conceptos de clase, división social clasista y lucha de clases; a la expansión creciente e ilimitada del capital que, en nuestros días, prueba fehacientemente la globalización del capital financiero; al carácter de clase del Estado; a la mercantilización avasallante de toda forma de producción material y espiritual; a la enajenación que alcanza hoy a todas las formas de relación humana: en la producción, en el consumo, en los medios masivos de comunicación, etcétera.

En cuanto a las tesis o concepciones que habría que revisar para ajustarlas al movimiento de lo real, está la relativa a las contradicciones de clase que, sin dejar de ser fundamentales, tienen que conjugarse con otras importantes contradicciones en la sociedad actual: nacionales, étnicas, religiosas, ambientales, de género, etcétera. Y por lo que toca a la concepción de la historia, hay que superar el dualismo que se da en los textos de Marx, entre una interpretación determinista e incluso teleológica, de raíz hegeliana, y la concepción abierta según la cual «la historia la hacen los hombres en condiciones determinadas». Y que, por tanto, depende de ellos, de su conciencia, organización y acción, que la historia conduzca al socialismo o a una nueva barbarie. Y están también las tesis, que han de ser puestas al día acerca de las funciones del Estado, así como las del acceso al poder, cuestiones sobre las cuales ya Gramsci proporcionó importantes indicaciones.

Finalmente, entre las tesis o concepciones de Marx y del marxismo clásico que hay que abandonar, al ser desmentidas por el movimiento de la realidad, está la relativa al sujeto de la historia. Hoy no puede sostenerse que la clase obrera sea el sujeto central y exclusivo de la historia, cuando la realidad muestra y exige un sujeto plural, cuya composición no puede ser inalterable o establecerse *a priori*. Tampoco cabe sostener la tesis clásica de la positividad del desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas, ya que este desarrollo minaría la base natural de la existencia humana. Lo que vuelve, a su vez, utópica la justicia distributiva, propuesta por Marx en la fase superior de la sociedad comunista con su principio de distribución de los bienes conforme a las necesidades de cada individuo, ya que ese principio de justicia presupone una producción ilimitada de bienes, «a manos llenas».

En suma, el marxismo como teoría sigue en pie, pero a condición de que, de acuerdo con el movimiento de lo real, mantenga sus tesis básicas –aunque no todas–, revise o ajuste otras y abandone aquellas que tienen que dejar paso a otras nuevas para no quedar a la zaga de la realidad. O sea, en la marcha para la necesaria transformación del mundo existente, hay que partir de Marx para desarrollar y enriquecer su teoría, aunque en el camino haya que dejar, a veces, al propio Marx.

|||

Ahora bien, reafirmada esta salud teórica del marxismo, hay que subrayar que este no es solo, ni ante todo, una teoría, sino fundamental y prioritariamente, una práctica, pues recordemos, una vez más, que «de lo que se trata es de transformar el mundo» («Tesis XI sobre Feuerbach», de Marx). Pues bien, si de eso se trata, es ahí, en su práctica, donde la

cuestión de si tiene sentido ser marxista hoy, ha de plantearse en toda su profundidad.

Pues bien, considerando el papel que el marxismo ha desempeñado históricamente, desde sus orígenes, al elevar la conciencia de los trabajadores de la necesidad y posibilidad de su emancipación, y al inspirar con ello tanto sus acciones reivindicativas como revolucionarias, no podría negarse fundamentalmente su influencia y significado histórico-universal. Ciertamente, puede afirmarse sin exagerar que ningún pensamiento filosófico, político o social ha influido, a lo largo de la historia de la humanidad, tanto como el marxismo en la conciencia y conducta de los hombres y de los pueblos.

Para encontrar algo semejante habría que buscarlo fuera de ese pensamiento, no en el campo de la razón, sino en el de la fe, propio de las religiones como budismo, cristianismo o islamismo, que ofrecen una salvación ilusoria de los sufrimientos terrenales en un mundo supraterráneo. Para el marxismo, la liberación social, humana, hay que buscarla aquí y desde ahora con la razón y la práctica que han de conducir a ella.

Aunque solo fuera por esto, y el «esto» tiene aquí una enorme dimensión, el marxismo puede afrontar venturosamente su cuestionamiento en el plano de práctica encaminada a mejorar las condiciones de existencia de los trabajadores, así como en las luchas contra los regímenes autoritarios o nazifascistas o por la destrucción del poder económico y político burgués. Los múltiples testimonios que, con este motivo, podrían aportarse favorecen esta apreciación positiva de su papel histórico-práctico, sin que esto signifique, en modo alguno, ignorar sus debilidades, sombras o desvíos en este terreno, ni tampoco las aportaciones de otras corrientes políticas o sociales: demócratas radicales, socialistas de izquierda, diferentes movimientos sociales o de

liberación nacional, anarquistas, teología de la liberación, etcétera.

IV

La cuestión se plantea, sobre todo, con respecto a la práctica que, en nombre del marxismo, se ejerció después de haberse abolido las relaciones capitalistas de producción y el poder burgués, para construir una alternativa al capitalismo: el socialismo. Ciertamente, nos referimos a la experiencia histórica, que se inaugura con la Revolución Rusa de 1917, y desembocó en la construcción de la sociedad que posteriormente se llamó el «socialismo real». Un «socialismo» que se veía a sí mismo, en la exUnión Soviética, como la base, ya construida, del comunismo diseñado por Marx en su *Crítica del programa de Gotha*.

Sin entrar ahora en las causas que determinaron el fracaso histórico de un proyecto originario de emancipación al pretender realizarse, puede afirmarse: primero, que no obstante los logros económicos, sociales y culturales alcanzados, condujo a un régimen económico, social y político atípico –ni capitalista ni socialista–, que representó una nueva forma de dominio y explotación. Segundo: que ese «socialismo» significó, sin embargo, un dique a la expansión mundial del capitalismo, aunque es evidente también que, con su derrumbe, la bipolaridad en la hegemonía mundial dejó paso a la unipolaridad del capitalismo más depredador, concentrada en el imperio de los Estados Unidos. Y tercero: que la opción por, y las esperanzas en, la alternativa social del socialismo quedaron sumamente reducidas o cegadas, así como las del marxismo que la inspiró y fundamentó. A ello contribuyó decisivamente la identificación falsa e interesada del «socialismo real» con todo socialismo posible y la del marxismo con la ideología soviética que lo justificó.

V

Puesto que no es tan fácil negar el carácter liberador, emancipatorio, del pensamiento de Marx y del marxismo clásico, los ideólogos más reaccionarios, pero también más perspicaces, del capitalismo, tratan de sostener la imposibilidad de la realización del socialismo. Y para ello recurren a diversas concepciones idealistas del hombre, la historia y la sociedad. Unas veces apelan a una supuesta naturaleza humana inmutable –egoísta, competitiva–, propia en verdad del *homo economicus* capitalista, incompatible con la fraternidad, solidaridad y cooperación indispensables en una sociedad socialista. Otras veces se valen de la concepción teleológica de la historia que decreta –muy hegelianamente– la inviabilidad del socialismo al llegar aquella a su fin con el triunfo del capitalismo liberal, o más exactamente neoliberal.

También se recurre a la idea fatalista de que todo proyecto emancipatorio, al realizarse, se degrada o desnaturaliza inevitablemente. Y, por último, se echa mano del «pensamiento débil» o posmoderno para el cual la falta de fundamento o razón de lo existente invalida toda causa o proyecto humano de emancipación.

Como es fácil advertir, en todos estos casos se persigue o alimenta el mismo fin: confundir las conciencias, desmovilizarlas y cerrar así el paso a la organización y la acción necesarias para construir una alternativa social al capitalismo y, por tanto, a todo pensamiento que –como el marxista– contribuya a ella.

VI

Ahora bien, aun reconociendo la falsedad de los supuestos ideológicos en que se apoyan estos intentos

descalificadores, así como los intereses de clase que los promueven, es innegable que, a raíz del hundimiento del «socialismo real», se da un descrédito de la idea de socialismo y un declive de la recepción y adhesión al marxismo. Y ello cuando la alternativa al capitalismo, en su fase globalizadora, se ha vuelto más imperiosa no solo porque sus males estructurales se han agravado, sino también porque al poner el desarrollo científico y tecnológico bajo el signo del lucro y la ganancia, amenaza a la humanidad con sumirla en la nueva barbarie de un holocausto nuclear, de un cataclismo geológico o de la supeditación de los logros genéticos al mercado.

De tal manera que, en nuestros días, el agresivo capitalismo globalizador hegemónico por los Estados Unidos, al avasallar, con sus «guerras preventivas», la soberanía y la independencia de los pueblos, al hacer añicos la legalidad internacional, al volver las conquistas de la ciencia y la técnica contra el hombre y al globalizar los sufrimientos, humillaciones y la enajenación de los seres humanos, atenta no solo contra las clases más explotadas y oprimidas y contra los más amplios sectores sociales, sino también contra la humanidad misma, lo que explica el signo anticapitalista de las recientes movilizaciones contra la guerra y de los crecientes movimientos sociales altermundistas en los que participan los más diversos actores sociales.

La emancipación social y humana que el marxismo se ha propuesto siempre pasa hoy necesariamente por la construcción del dique que detenga esta agresiva y antihumana política imperial estadounidense. Pues bien, en la construcción de ese dique al imperialismo que tantos sufrimientos ha infligido al pueblo cubano, está hoy sin desmayo, como siempre, y fiel a sus orígenes martianos, la Revolución Cubana.

VII

Llegamos al final de nuestro discurso con el que pretendíamos responder a la cuestión de si se puede ser marxista hoy. Y nuestra firme respuesta al concluir, es esta: puesto que una alternativa social al capitalismo –como el socialismo– es ahora más necesaria y deseable que nunca, también lo es, por consiguiente, el marxismo que contribuye –teórica y prácticamente– a su realización. Lo cual quiere decir, a su vez, que ser marxista hoy significa no

solo poner en juego la inteligencia para fundamentar la necesidad y posibilidad de esa alternativa, sino también tensar la voluntad para responder al imperativo político-moral de contribuir a realizarla.

Por último, reitero mi más profundo agradecimiento a la Universidad de La Habana, porque con la alta distinción que me otorga, me da un vigoroso impulso para continuar, en su tramo final, la obra que ha tenido y tiene como eje teórico y vital al marxismo. ©



Jugamos, 2011. Tinta/papel, 80 x 60 cm